

que muy pocos diputados siguieron el ejemplo de su soberano. Y por lo que toca á vivas ó demostraciones de respeto ó entusiasmo, no hubo ningunas. Cuando mas alzaron los ojos para verla y continuaron en silencio detras de Luis XVI hasta las puertas del palacio. El desaire era marcado, por lo cual María Antonieta pálida y agitada se retiró del balcón llevándose sus hijos consigo.

—No me queda que ver ni esperar, dijo ella anegada en lágrimas. Todo acabó para mí. La reina de Francia tiene que ser la mas misera é infeliz de las mujeres, porque no ya solo no es amada sino que la desprecian.

Al verla llorar y gemir el delphin le echó los brazos al cuello, y le dijo tambien con los grandes ojos azules llenos de lágrimas:

—Mamá, yo te amo, todos te aman y mi querido hermano que está en el cielo ruega á Dios por tí. No llores.

—Sí, hijo mio, ámame; dijo ella correspondiendo á las caricias del niño con otras mas ardientes y con besos amorosos. Tu amor es lo único que me queda en el mundo, y quiera el cielo que tu hermano ruegue por mí y haga que me liberte de los pesares que agobian á su afligida madre.

En aquel punto se oyó la voz del rey, que se despedía en tono amistoso de los que le habian acompañado hasta la entrada del palacio. María Antonieta de carrera se enjugó las lágrimas, puso el delphin en el suelo, le dijo al oído.—No digas á papá que me has visto llorar,—y en seguida con su donaire y sonrisa usuales fué á encontrarle en la antesala.

Hacia la caída de la tarde, varios carrozcos muy cargados y cerrados con gran esmero, silenciosa mas apresuradamente empezaron á salir de los patios interiores del palacio y encaminarse en direccion del campo. Entre los carros marchaban ciertos coches, con las cortinas corridas, y en estos iban el conde de Artois, los duques de Angulema, de Berry, de Borbon, de Enghien y el principe de Condé, que en secreto huían del país.

Respecto del conde de Artois, hermano del rey, este mismo le habia aconsejado, á fin de calmar su inquietud, que saliera por algun tiempo de Francia y permaneciese en país extranjero hasta tanto que se apaciguase y aclarase el horizonte político del suyo. Los otros nobles, aunque no tan directamente amenazados en sus personas, si se exceptúa el otro hermano del rey, se resolvieron á emigrar por no poder dominar los temores y secretos recelos que les inspiraba la revolucion. Movidos de idénticas razones, siguieron su ejemplo al día siguiente los nuevos ministros, quienes cediendo á las exigencias de la Asamblea Nacional, habian dado su dimision, mas no creído á salvo su persona y vida, mientras permaneciesen dentro del territorio Frances.

Pero aun otro sacrificio, mas doloroso todavía para la reina, tuvo que hacer al odio del pueblo y á las demandas hostiles de la Asamblea Nacional. Fuerza era alejar á los Polignac, sus amigos del alma. En todos los folletos injuriosos que se lanzaban contra ella y que Brienne tenia el cuidado de traerle, se la acusaba principalmente de haber empobrecido el erario para obsequiar á sus amigos privados; que la duquesa Julia, como aya de los reales

niños y su marido el duque de Polignac como director de las caballerizas reales tiraban dos millones de francos anualmente del tesoro nacional, á que se agregaban cuatro millones mas que se distribuían en el resto de esa familia ya bajo un título, ya bajo otro.

Sabia María Antonieta que el pueblo por esta razon odiaba de muerte á los Polignac y solo se ocupaba del medio de poner á sus amigos en lugar seguro. En consecuencia á la hora de haber salido los hermanos del rey y los otros nobles, hizo llamar á su presencia María Antonieta al duque y duquesa de Polignac, y sin mas rodeos, aunque con la voz tomada por la emocion, les dijo que era preciso huyesen y se escapasen aquella misma noche. Ambos duques, sin embargo, se negaron categóricamente á cumplir con el deseo de la reina. La duquesa sobre todo, que hasta allí se habia mostrado tan moderada en su porte como en su afecto, ahora hizo alarde de un cariño extremado.

—No, María, nosotros no nos vamos; exclamó ella sollozando y estrechando fuertemente en los brazos á su real amiga. No me alejes de tí. Es imposible que me marche y te deje, ántes quiero correr los peligros que tu corras y morir contigo, si es necesario.

Pero en su mismo cariño encontró María Antonieta nuevas fuerzas para mantenerse firme en su propósito, para contener las lágrimas que se le asomaban á los ojos y para desprenderse de los brazos de su querida amiga.

—Fuerza es que así sea; le dijo. En nombre, Julia, de nuestra tierna amistad, te ruego que partas al punto, porque de lo contrario, moriré de pena pensando en que estás en peligro. Aun tienen Vds. tiempo de escapar de la rabia de mis enemigos. No te odian (¿quién tendria corazon de odiar á mi Julia?) por tí, sino por mí; porque saben que herir á mi mas querida amiga, es herirme en lo mas sensible de mi corazon. Ve, Julia, tú no debes ser la víctima de la amistad.

—“Me quedo, repuso la duquesa. Nada ni nadie puede separarme de mi reina.

—“Duque, dijo entónces esta en tono deprecatorio, hablad, ayudadme á convencer á Julia de la necesidad de huir.

—“Si place á V. M., contestó el duque con gravedad, solo me corresponde repetir lo que ha dicho Julia: nada ni nadie puede separarnos de nuestra reina. Si en dias de bonanza hemos gozado el favor de hallarnos siempre al lado de V. M., como el mas grande de los favores debemos pedir se nos conceda el no separarnos de V. M. en los dias de la desgracia.

—“Precisamente en este punto se abrió la puerta y entró el rey.

—“Sire, le dijo la reina saliendo á su encuentro, ¿no es cierto que estos señores deben partir hoy mismo?

—“Tiene razon la reina, dijo Luis con tristeza. Es preciso que se marchen. Nuestras desgracias quieren que nos separémos de todos los que nos aman. Acabo de decir adios á mis hermanos, lo mismo digo ahora á vosotros, mas, les ordeno que se marchen. Compadeceros, si quereis, pero no perdais tiempo. Llevaos vuestros hijos y criados. Contad con mi afecto en todas circunstancias. Quizas nos volvamos á ver en mas felices dias, cuando haya pasado

el peligro; entónces ocupareis los mismos empleos. Adios! De nuevo os ordeno partir.”

Y como advirtiese el rey que las lágrimas se le asomaban á los ojos y que se le embargaba la voz, saludó á sus amigos y se retiró en silencio y á la carrera.

—Ya habeis oído las palabras del rey; les dijo María Antonieta con vehemencia. Espero que no desobedecereis su mandato. Oid esto tambien: Yo, la reina de Francia, os ordeno que partais al punto.

—Lo manda V. M. y nosotros debemos obedecer; dijo el duque saludando reverentemente á la reina, la cual se mantenía en pié, pálida, mas serena y firme.

La duquesa, con una exclamacion de dolor, se echó á los piés de María Antonieta, y ocultó la cara entre los pliegues de su traje.

No la levantó esta, no le dijo palabra, porque sabia que si hablaba, si se movia, todo aun podia echarse á perder y recogerse la orden de marcha. Fuera de que no queria mostrarle á su amiga todo el sacrificio que el amor la compelia á hacer, consintiendo y ordenando aquella separacion.

—Déjame permanecer contigo, le repetía la duquesa. No me alejes de tu lado, María, mi María.

Alzó los ojos al cielo María Antonieta y rogó á Dios le diera fuerzas para no flaquear en aquel amargo trance. Dos veces trató de hablar, dos veces se le ahogó la voz en la garganta, al fin guardando por un rato silencio, logró dominar su emocion. Entónces pudo decir á su idolatrada amiga:

—Julia, Julia, debemos separarnos. Seria doblemente desgraciada si te arrastrase á tí y á los tuyos en mi caída; por el contrario si te vas, en todas mis tribulaciones me servirá de consuelo la idea de que pude salvarte. No digo, como dijo el rey, que nos reuniremos en dias mas pacíficos y bonancibles, probablemente nosotros no podremos sobrevivir á estas turbulencias, mas fácil es que perezcamos en ellas. Adios pues, Julia mia; quizás en el otro mundo.... No mas. Me agobia.... Tu reina te manda partir.... ¡Adios!

Le tendió la mano con firmeza, aunque por no verle la cara á su amiga, que continuaba llorando y gimiendo á sus piés, no bajó la cabeza. Saludó al duque con la mano, volvió la espalda, y por la puerta inmediata se metió en el aposento, de donde pasó de carrera á su lindo camarín, en que ya la esperaba su camarera mayor.

—Campan, gritó la reina en su angustia, Campan, todo acabó para mí. Perdí mi querida amiga. No volveré á verla jamas. Cierra la puerta, pasa el cerrojo, cosa que nadie éntre, que quiero.... morir á solas.

Diciendo esto la reina se dejó caer en una silla desvanecida.

A media noche partieron del patio central del palacio, dos carruajes cerrados, en que iban los Polignac, los cuales salían de Francia á aquella hora para ir á refugiarse en territorio Suizo. Ocupaban el primero, ó delantero, la duquesa de Polignac con su marido é hija. Llevaba Julia dos cartas en la mano, que le habia dado madama Campan, en nombre de la reina, en el momento de poner el pié en el estribo.

Una de dichas cartas era para el ex-ministro

Necker, que despues de su dimision, se habia retirado á Basilea. Pues tanto la Asamblea Nacional, como los clubs y el pueblo entero de París, deseaban la vuelta de Necker, creyéndole el único hombre que podia rehacer la Hacienda y restablecer el crédito público, la reina habia persuadido al rey le llamase de nuevo, no obstante que le era contrario, y le encargase del mismo ramo. Así, la carta de la reina, que la duquesa Julia tenia encargo de poner en manos de Necker, contenia su nombramiento al ministerio de Hacienda, con muchos elogios de su honradez y talento rentístico.

La otra carta era una palabra de despedida de María Antonieta á su amiga, un último grito de su lacerado corazon.

—Adios! decia, adios, mi tierna amiga! Qué terrible me parece esta palabra! Pero es preciso. ¡Adios! Te abraza en espíritu tu amantísima y triste amiga.

CAPITULO XII.

EL 5 DE OCTUBRE DE 1789.

NUBES espesas se amontonaban en el oriente hácia las primeras horas de la mañana del 5 del ventoso octubre, y aunque el sol habia empezado á remontar el horizonte de París, no apareció el día sino mas tarde de lo regular en esa estacion, como si temiese alumbrar las calles y plazas, teatro de una gran tragedia. Antes del alba estaba sobre las armas la Guardia Nacional, porque desde la víspera habia corrido el rumor, de que los clubs y agitadores de oficio, habian fijado la mañana del 5 de octubre para ejecutar el segundo acto de la revolucion. Se estaba muy tranquilo el pueblo y era necesario ponerlo en movimiento.

Marat habia dicho en uno de los clubs: el pueblo duerme, es menester despertarle; y al punto sus palabras fueron el grito de guerra de todos los revoltosos.

—París está en peligro, clamaban otros demagogos en el club de los Cordeliers. París cruza los brazos sobre el pecho, deja hacer y se duerme al borde de un precipicio. Saquémosle de su letargo, ó la odiosa y tiránica monarquía nos gana por la mano y nos vuelve á las cadenas. ¡Ojo avisor! No hay que dormirse en las pajas.

Y en efecto, en la noche del 4 de octubre París no durmió en las pajas, ni en lechos de plumas tampoco, gracias á los revoltosos que sembraron la alarma por todos sus barrios. A fin de despertar al pueblo, ó de no dejarle dormirse en las pajas, como decian los cabecillas, se habia acordado un plan, cual era, invadir las panaderías y so pena de quemarles sus establecimientos, prohibirles que cocieran el pan del día siguiente.

Emisarios fieles y celosos fueron despachados á todas las panaderías de París para notificar á los panaderos el acuerdo celebrado en los clubs revolucionarios. Rezaba el orden poco mas ó menos en este sentido:—Abrir la tienda mañana por la mañana y contestar otra cosa que esta: no hay harina en París, no hemos podido amasar pan; será considerado como delito de alta traicion á la causa nacional y se castigará con todo rigor.

La amenza surtió el efecto deseado: se in-

limitaron los panaderos y no cocieron pan: este alimento indispensable al pueblo faltó del todo en la mañana del 5 de octubre en París.

Desde luego las mujeres que acudían á las tiendas, recibían la respuesta que los panaderos tenían orden de dar, y llenas de horror, tornaban al seno de sus familias, con las manos en la cabeza y exclamaban:—No hay pan hoy! Se acabó la harina. Vamos a morir de hambre.

Y desde el fondo del hogar del pobre salió el aciago y lamentable grito, que como la chispa eléctrica recorrió en un instante todas las calles y plazas de la Galica ciudad:—No hay pan. París morirá de hambre!

—¿Sabeis por qué? decía la voz del espíritu maligno al oído del pueblo que se congregaba en feroz tropel en la plaza del Carrousel. ¿Sabeis quién tiene la culpa de nuestras miserias y carestía?

—No, no lo sabemos! contestaban muchas voces de hombres.

—Díganoslo V.! gritaban otros hasta ponerse roncos.

—Os lo diré! dijo la primera voz dominando el tumulto con su acento agudo.

Y montando en una piedra, que servía para separar la vía de los carruajes de la de la gente á pié, apareció la figura contrahecha del doctor de caballos, con sus anchas espaldas, cabeza encefálica, ojicos de hiena y color de tabaco de hoja, que ya conocen nuestros lectores.

—¡Marat! fué la exclamación general, porque ya era bastante conocido del pueblo bajo.

—Sí, el doctor Marat! gritó el zapatero Simon, quien desde agosto del año pasado no se apartaba de él y era siempre el más ansioso de oír sus arengas incendiarias. Amigos, escuchad. Va á hablar Marat. El va á decirnos por qué falta el pan en París. ¡Escuchad!

—Silencio! silencio! repetían otros algo más distantes del orador.

—Chiton todo el mundo! gritó una mujerona de ancha cara y cabellos negros, abundantes, hechos nudos en la cabeza y sujetos con una papalina blanca. Y como no consiguiere su objeto, á la fuerza, usando libremente los codos, se abrió camino por entre la multitud apañada, hasta el sitio donde se hallaban Marat y el zapatero Simon, sobre el hombro del cual, como sobre una mesa, descansaba una de las manos.

—Chiton! volvió á decir; Marat, el amigo del pueblo, quiere hablar, y es preciso que haya silencio.

Al oírlo, Marat le clavó los ojos verdes y chispeantes, y con expresión de sorpresa, mezclada de alegría y orgullo, le dirigió la palabra diciendo:

—Acercaros, buena mujer, deme la mano, y sea este el medio con que el patriota Marat enlance su mano con todas las mujeres excelentes, industriosas y bien intencionadas de París.

Y la gigantesca mujer sin más dilación ni ceremonia le alargó su mano derecha al horrible Marat. Nadie notó que esa mano de sin igual delicadeza y blancura, decía mal con el traje de verdulera que llevaba puesto, ni ménos que en el dedo segundo chispeaba la piedra de una sortija hermosísima.

Pero no se escapó á los ojos de lince de Marat, por lo cual, mientras tenía la mano delicada de la mujer entre la suya huesosa, se inclinó y le dijo al oído:

—Señor, quítese el anillo, no se muestre demasiado, que podrían reconocerle.

—Reconocerme! exclamó la supuesta mujerona cambiando de color. No os entiendo, doctor Marat.

—Yo sí os entiendo á vos; dijo Marat en más bajo tono todavía porque ya se habían fijado en la extraña mujer los ojos del zapatero con expresión de viva curiosidad. Entiendo perfectamente al duque Felipe de Orleans. El quiere mover al pueblo, pero no le gusta comprometer su nombre ni su título. Quizas haga bien; mas él no debe ocultarse de Marat; Marat es su mejor amigo y sabe guardar secreto.

—¿Qué estás diciendo ahí? rompió al fin Simon impaciente. ¿Por qué no hablas al pueblo? no ibas á decir por qué no hay pan en París? No mas cuchicheos.

—Sí, sí, repetían miles de voces. ¡Que hable Marat!

—Marat va á hablar! gritó la mujerona. Pero antes deme acá esa mano otra vez, que quiero estrecharla en nombre de todas las mujeres de París.

Por segunda vez Marat le tendió la huesosa mano á la extravagante mujer, entonces con sonrisa y desembarazo. Ella la estrechó entre las suyas y luego al punto se alejó y se perdió entre la multitud.

Pero ida la mujerona se halló Marat en el hueco de la mano el anillo que habia visto en los dedos delicados de aquella. Sin ocuparse mucho de él, se lo guardó en el bolsillo, y solo pensó ya en hablar al pueblo, el cual le rodeaba por todas partes y llenaba la inmensa plaza.

—¿Queréis saber por qué no tenéis pan? dijo con su voz chillona y aguda. ¿Preguntáis por qué padecéis hambre? Bien, amigos míos, la respuesta es óbvia, fácil. Sabed que el panadero de Francia ha cerrado su panadería por darle gusto á su esposa la panadera, como que ella odia al pueblo y quiere matarle de hambre. Pero ¿crais que la panadera no tiene pan? Nada de eso. A ella no le falta harina. En Versailles tiene graneros repletos, guardados por sus tropas mercenarias. ¿Qué se le da de que el pueblo perezca? Tenga ella pan, tengan bollitos sus hijos, y que mueran de hambre los hijos del pueblo. Así pues, amigos míos vengan á París el panadero, la panadera y su cria, y que vean con sus propios ojos nuestra miseria y dividan con nosotros de su abundancia.

—Por supuesto que las harémos venir, quiera que nó; dijo Simon. Animo, hermanos. Aquí el panadero, la panadera y su cria.

—A Versailles! tronó la mujerona que se habia apostado en medio de un grupo de pescaleras. Venid, amigas mías, vamos á buscar pan á Versailles. Le diremos á la mujer del panadero que parta con nuestros hijos los bollitos que ella da á los aprendices de la panadería de su marido. Si se niega á nuestra demanda, la traerémos á París á ella y á toda su familia.

—Sí, sí, á Versailles, muchachos; fué el espantoso grito que como una ola que rompe se dilató por toda la plaza. La panadera que nos dé pan.

—O que nos dé las llaves de sus graneros! volvió á tronar la mujerona. Las madres y mujeres de París son las que deben arrancarle el pan á la esposa del panadero.



MARCHA DE LAS PESCADERAS Á VERSAILLES.

—A Versailles, todas las madres y mujeres de París; fué entonces el grito que resonó en la gran plaza del Carrousel.

Y en obediencia de esta voz, que como una orden de lo alto, se repetía de boca en boca, las mujeres todas allí congregadas, formaron una falange cerrada, la cual no tardó en moverse en dirección del sitio real.

¿Quién había de resistir? No las mujeres, que mas impresionables y fanáticas que los hombres, con doble facilidad ceden al primer impulso y en los tumultos populares son las mas exaltadas y á veces las mas feroces.

Los hombres habían tomado la Bastilla por asalto, á las mujeres tocaba tomar por asalto la panadería de Versailles para que los niños de los pobres no careciesen de pan ni muriesen de hambre.

¿Ni cómo era posible que flaqueasen en su propósito esas mujeres arrebatadas y locas? Entre ellas marchaban los cabezas motín de las asonadas de París, Marat, Santerre, Simon, Danton, Chaumette, con varios otros que empezaban á señalarse. Ellos con sus discursos, con sus salidas irónicas, con sus requiebros y adulaciones las aguijaban, les comunicaban aliento, y las conducían como por la mano á nuevas escenas de escándalo y aun de sangre.

—No haya miedo, hijas hermosas de la patria. Adelante! les gritaban aquellos demagogos. A Versailles, valientes mujeres. Se trata de la salvación de vuestros hijos y maridos. Que os dé pan la esposa del panadero. Si os lo niega, tomad por asalto su palacio, que aquí hay hombres bastantes que os apoyen. Adelante las valerosas y de corazón fuerte.

De nada valió que Bailly, el corregidor de París, saliese al encuentro de las mujeres cuando desembocaban en la calzada de Versailles y les rogase que tornaran á sus hogares y á sus ocupaciones cotidianas, asegurándoles que ya se habían abierto las panaderías y que se había dado orden de amasar y vender pan. De nada valió tampoco que Lafayette, comandante en jefe de la Guardia Nacional, les representase la inutilidad y la locura de su intento. Porque mientras mas esfuerzos se hacían por detenerlas y disuadirlas, mas repetido y alto resonaba entre ellas el grito de:—A Versailles! Queremos que la mujer del panadero reparta con nosotras el pan que da á sus chicos y aprendices.

Llegó á tal punto el tumulto, tan grande era el tropel de mujeres y hombres del pueblo bajo, que la cabeza de la moviente columna avistaba ya los jardines de Versailles, cuando todavía la retaguardia salía hilo á hilo por las calles de París.

—Preciso es aquietarlas, dijo Bailly al general Lafayette, ó habrá que detenerlas por la fuerza.

—Imposible, contestó Lafayette. ¿Cómo hacer uso de la fuerza contra mujeres indefensas? No habría soldado que obedeciera la orden. Debeis tener presente que esas mujeres son las esposas, las madres, las hermanas de los soldados á mis órdenes. Además, no portan otras armas que sus lenguas. No pueden hacer mucho mal. Dejémoslas ir. Lo único que nos corresponde es ver que no sufran daño el rey y la reina.

—Me parece bien, general, tanto mas cuanto

que tras las mujeres marchan muchos hombres armados, y es imposible que ellos no tomen parte y siembren la confusión y el desorden. Apresuraos, mi general, á defender á Versailles. Ya hace rato que está en movimiento la columna de las mujeres.

—Ni sería lo mas acertado, mi querido corregidor, que yo llevase estas tropas á Versailles; repuso Lafayette. Sabeis á qué locuras han conducido los reaccionarios la familia real. El regimiento de Flandes, que se cebó en la matanza del pueblo cuando el negocio de la Bastilla, es el que guarnece á Versailles, llamado por el rey y la reina. Estos y el delín se hallaron presentes cuando esas tropas pisotearon la cucarda tricolor. Se cantaron canciones realistas, se murmuró de la Guardia Nacional, queriendo ponerla en ridículo, y juraron al rey y á la reina que solo obedecerían órdenes suyas. Mis tropas están exasperadas y muchos de mis oficiales me han pedido que conduzca á Versailles para atacar al regimiento de Flandes y diezmarlo. Veis, pues, que es peligrosa la medida que me aconsejais, corregidor Bailly.

—Pero hay que hacer algo para proteger al rey; replicó este. Créame general, mas le temo á estas furiosas mujeres, que á los irritados guardias nacionales. Vamos, general Lafayette, acompañeme á la sala capitular. Convocáremos á las primeras autoridades y á los comandantes de la Guardia, á fin de ver qué expediente se adopta en estas críticas circunstancias.

Una hora despues los tambores batían generala en todas las calles de París, pues se había acordado en el Ayuntamiento, no obstante la oposición de Lafayette, que este marchase al punto con la Guardia Nacional á Versailles, con el fin de proteger la familia real contra los desmanes del populacho y la Asamblea contra los insultos de las tropas reales.

Fero mucho ántes de que la Guardia se pusiera en movimiento, ya las columnas de mujeres se hallaban á la vista de Versailles. Con la retaguardia sin embargo, marcharon muchos guardias nacionales, que se habían adelantado al llamamiento de sus jefes, é infinidad de pueblo armado, los cuales introdujeron cierta disciplina en sus interminables filas. Así, la masa confusa al principio, no tardó en dividirse en diez distintas columnas, á la cabeza de las cuales iban soldados y hombres armados, sirviéndoles de guía; y á entrambos flancos multitud de pueblo, ganoso siempre de novedades.

Había reinado la mayor tranquilidad aquel día en el antiguo palacio de los soberanos de Francia. Nadie sospechaba que á la apacible mañana debía seguirse una tarde y noche de horrores. El rey había ido á cazar con algunos gentilhombres á Meudon, y la reina sola, enteramente sola, se había marchado al Trianon.

Ninguno de sus amigos la acompañaba, los había perdido todos; ni debían compartir su miseria con la reina aquellos que habían participado de su pasada felicidad. ¿Dónde estaban la amable duquesa de Polignac, los alegres hermanos del rey, el conde de Coigny, el baron de Besenval, el galante Vaudreuil, y tantos otros que animaban los jardines del Trianon, aunque á veces mortificaban á la reina con sus pretensiones y su egoísmo? Todos se halla-